



## *La noción de pueblo en el discurso populista*

MARÍA FERNANDA MADRIZ  
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

**RESUMEN.** Este artículo resume los resultados de una investigación cuyo objetivo fue establecer los rasgos semánticos relevantes de la categoría de *pueblo*, tal cual ésta ha venido siendo construida por los principales líderes políticos venezolanos del siglo XX. El estudio se llevó a cabo desde el marco transdisciplinar del análisis crítico del discurso y tuvo como *corpus* los discursos del señor Rómulo Betancourt –fundador del partido Acción Democrática- y del actual Presidente de la República, teniente coronel Hugo Chávez Frías. El análisis permitió concluir que *el pueblo* se ha asociado en el discurso populista venezolano a unidades de significación no sólo diversas sino abiertamente contradictorias que lo identifican como: 1) el sujeto histórico de su propia liberación, en cuyo caso se instituye como “cíclope”; 2) el objeto del maltrato, la desidia y la manipulación del poder, en cuyo caso se instituye como “mártir” y; 3) el destinatario de la dádiva del gobierno, en cuyo caso se instituye como “eterno beneficiario”.

**PALABRAS CLAVE:** *pueblo, discurso populista, Betancourt, Chávez, Venezuela.*

**RESUMO.** Este artigo resume os resultados de uma pesquisa, cujo objetivo foi estabelecer os traços semânticos relevantes da categoria do povo, tal qual esta foi construída pelos principais líderes políticos venezuelanos, do século XX. O estudo se levou a cabo desde o marco transdisciplinar da análise crítica do discurso e teve como corpus os discursos proferido pelo Sr. Rómulo Betancourt -fundador do partido Ação Democrática- e do atual Presidente da República, tenente coronel Hugo Chávez Frías. A análise permitiu concluir que o povo foi associado, no discurso populista venezuelano, a unidades de significação não só diversas senão abertamente contraditórias a ponto de identificá-lo como: 1) o sujeito histórico da sua própria libertação, em tal caso se institui como “cíclope”; 2) o objeto do maltrato, a disídia e d manipulação do poder, em tal caso se institui como “mártir” e; 3) o destinatário da dádiva do governo, em tal caso se institui como “eterno beneficiário”.

**PALAVRAS CHAVE:** *povo, discurso populista, Betancourt, Chávez, Venezuela.*

**ABSTRACT.** This article summarizes the results of an investigation whose objective was to identify the most relevant semantic features of the category "people", as this has been constructed by the main political leaders of the XXth century in Venezuela. The study was carried out within the transdisciplinary framework of critical discourse analysis. The corpus consisted of speeches pronounced by Rómulo Betancourt –the founder of *Acción Democrática* (Democratic Action) party- and by the present president of the Republic, Hugo Chávez Frías. The analysis allows us to conclude that "the people", in populist discourse, is associated, with diverse and openly contradictory units of meaning that identify it as: 1) the historic subject of its own liberation, in which case it is constituted as a "cyclop"; 2) the object of maltreatment, neglect and manipulation of power, in which case it becomes a martyr, and 3) the target of the government's "gifts", in which case it becomes the eternal beneficiary.

**KEYWORDS:** *People, populist discourse, Betancourt, Chávez, Venezuela.*

## Introducción

El líder se sacude los sudores que le empapan la frente y observa, satisfecho, la multitud de ojos que le observan. La plaza hierve por la severidad del clima y por el éxtasis febril de los que escuchan el discurso. El líder ha elegido las palabras que permiten templar ambas temperaturas: la de la atmósfera y la de la emoción. Previendo que el calor le espante los adeptos, el líder ha pedido "que me escuchen; que soporten cinco minutos más este agresivo sol [...] de mediodía", arguyendo que "me queda el consuelo de que yo también lo estoy soportando" (B-47).

Receloso de que el cansancio le mengüe los ardores a los prosélitos, el líder ha ensalzado la muchedumbre y ha advertido que:

Quien lea la prensa [...] encontrará por allí afirmaciones rotundas en el sentido de que en Venezuela no ha habido una Revolución [...] Pero el supremo juez en una democracia, que es el pueblo, está diciendo aquí con su presencia [...] que las mayorías populares de nuestra patria confían hoy más que nunca en [...] quienes ejercen, por soberana decisión suya, [el poder] . (B-71)

Y finalmente, sabiendo de antemano lo que "las mayorías populares de nuestra patria" desean escuchar, el líder ha dado garantías de que en el país gobierna:

un equipo de hombres civiles y militares [...] a quienes no les vacilará el pulso ni les temblará la mano para llevar a la Revolución hasta sus objetivos: devolver al pueblo su soberanía, devolver al pueblo su derecho al pan y a la cultura sin regateos, devolver al pueblo venezolano su derecho a disfrutar de justicia social. (B-22)

No. El líder a quien cito no es Hugo Chávez Frías, en los albores del siglo XXI, exaltando los dones de la "revolución bolivariana". Es Rómulo

Betancourt, en 1947, dilapidando los por la "revolución de octubre". Y, el aire de semejanza que acerca sus discursos, refiere a lo que comúnmente llamamos "populismo".

El fenómeno remite a un modo particular de hacer política, de instituir, organizar y regular las relaciones de poder entre gobernantes y gobernados. Según algunos estudiosos del tema cuyos enfoques hallamos en especial sugerentes (Rey, 1976, 1980; Britto García 1988, 1989), uno de los atributos distintivos del modelo populista es que éste funda y preserva su legitimidad en dos tipos de prácticas que aseguran la circulación social de dos tipos distintos y a la vez articulados de bienes.

La primera de estas prácticas es de carácter económico y alude a la distribución de los recursos del Estado que, en la forma de servicios y bienes materiales, los dirigentes reparten entre los dirigidos. Señala al respecto Juan Carlos Rey:

Tal reparto no tiene que hacerse en partes necesariamente iguales [...] por el contrario, lo típico es que los sectores más marginados y desorganizados participen en proporción considerablemente inferior que los más organizados y privilegiados de manera que, a la larga, el resultado general de las políticas redistributivas es el aumento de la brecha entre ambos sectores (Rey, 1980: 162).

La posible conversión de tal brecha en abismo y, de allí, en antagónica lucha político-social, explica por qué el modelo populista requiere de recursos estatales excedentarios, si es que se pretende que éste logre implantarse con éxito. De otro modo, la imposibilidad de repartir entre los dirigidos los anhelados bienes, terminará por alejarlos de sus gobernantes, produciéndose lo que Antonio Gramsci llamó una *crisis de hegemonía* que, a la postre, tenderá a resolverse con la defenestración del grupo en el poder.

Podrá argumentarse que lo dicho no es un rasgo exclusivo del modelo populista, visto que toda élite dirigente funge de administradora de los recursos estatales e invierte en obras que a la larga redundan en algún beneficio para la población en general.

Podrá argumentarse tal cosa y será cierto. Nuestra hipótesis de trabajo es precisamente que, en el populismo, la rutinaria administración de los recursos del Estado por parte del equipo gobernante adquiere un cariz diferente y cumple una función distinta a aquella cumplida por esta práctica económica bajo otros modelos de ejercicio del poder. Y, lo que hace posible que tal metamorfosis se consume, es precisamente la apelación regular y sistemática por parte de los gobernantes al segundo tipo de práctica social a la que aludíamos tres párrafos arriba, a saber, a la comunicación colectiva, a las prácticas discursivas de carácter público.

En efecto, es gracias a estas últimas que los individuos generan, internalizan e intercambian un tipo singular de bienes -Castoriadis

(1988, 1989, 1998) los ha llamado *significaciones sociales imaginarias*- que no son otra cosa más que el conjunto de significados que integran los diversos modelos de interpretación con base en los cuales los miembros de una sociedad se explican el mundo, la vida, el lugar que cada quien ocupa en esa vida. En las sociedades contemporáneas, el circuito hegemónico -aunque no exclusivo- a través del cual los actores sociales producen, intercambian y eventualmente instituyen estas significaciones sociales o modelos de interpretación es el del sistema de medios masivos.

Para el caso que nos atañe -el de la política- el discurso populista que circula a través de estos medios instituye un curioso modelo de interpretación de las relaciones de poder merced al cual, el grupo o el líder gobernante devienen magnánimos benefactores de lo que llamaré junto a Britto García (1988) la "dádiva", al tiempo que los gobernados -adictos a esta última- devienen por su intermedio en fervorosos vasallos de una lealtad erigida ora sobre el oportunismo, ora sobre la gratitud.

Nos explicamos. En aquellos casos en los que el poder no se ejerce con arreglo al modelo populista, ante los ojos y la conciencia de los ciudadanos quedan pocas dudas sobre el origen de los recursos que se distribuyen, las obligaciones de aquellos que los distribuyen y los derechos de quienes resultan sus destinatarios. El ciudadano común sabe que la élite en el poder administra -con mayor o menor equidad- una riqueza que es de la República; está más o menos persuadido de que el grupo dirigente cumple una función pública para la cual ha sido electo por sus representados y, por consiguiente, es evaluado por éstos con base en los logros o errores de su gestión. En estos casos, el vínculo que une a los gobernados a sus gobernantes es la satisfacción y conformidad -más o menos consciente y justificada- de los primeros, con los resultados concretos obtenidos por los segundos.

En el caso del populismo, por el contrario, el líder gobernante deviene -gracias a las prácticas discursivas masivamente comunicadas- en una suerte de mecenas que reparte "obsequios" entre la población. Léase bien: Es el uso sistemático de ciertas estrategias retóricas por parte del líder populista lo que en lo fundamental hace posible que éste no sea socialmente aprehendido como un funcionario público que administra recursos del Estado redistribuyéndolos entre la población, sino como un "padrino" más o menos dispendioso que concede ofrendas a particulares quienes -por esta vía- son rescatados de entre la anónima muchedumbre y distinguidos como *sujetos*, como felices beneficiarios de la dádiva.

Así, a los ojos de las expectantes mayorías, el líder populista no pareciera gobernar porque fuese ésa la función -y obligación- pública para la cual fue electo, sino que pareciese hacerlo por decisión o sacrificio propio. De allí que el vínculo que une a los gobernados con el líder

populista no sea sólo el del interés crematístico sino otro de origen simbólico, menos transparente, asociado a la gratitud por lo que -se cree- es un favor, una deferencia, y no un legítimo derecho.

Lo que desde hace años ocupa mi interés es precisamente el modo en el que, gracias a las prácticas discursivas públicas que circulan a través de los medios masivos, se consuma tan peculiar conversión simbólica. Dicho de otro modo, me he concentrado desde hace ya algún tiempo en explorar las estrategias retóricas que permiten al líder construir las significaciones sociales imaginarias que lo proveen, tanto a él mismo como a sus prosélitos, de una identidad política a la que corresponde una práctica empírica concreta, unos modos de hacer, pensar y sentir concordados con uno de los imperativos máximos del populismo, a saber, el sometimiento por gratitud.

He señalado que estas prácticas discursivas proveen no sólo a la muchedumbre sino también al propio líder de un modelo de interpretación del hacer político colectivo que él comanda, para enfatizar el hecho de que el discurso populista no es necesariamente sinónimo de demagogia, de lúcida manipulación o calculado abuso por parte del gobernante. Con frecuencia, el líder populista es, en lo fundamental, un creyente, un convencido de su misión histórica, un convocado, por la historia misma, a redimir. Ello ha sido así cuando menos en las primeras etapas de los procesos merced a los cuales se han instituido los regímenes populistas; etapas en las que aún el ejercicio del gobierno no ha pervertido al nuevo grupo gobernante y en las que el propio líder funda su prédica en la fuerza de una honestidad aún no envilecida por el imperativo de conservar, a toda costa, el poder y sus ya degustados privilegios.

Venezuela ha vivido en el siglo XX dos momentos históricos que, a nuestro juicio, se corresponden en especial con el modelo que hemos venido esbozando: el que se inicia con el triunfante golpe de estado del 18 de octubre de 1945 cuyo líder fundamental fue Rómulo Betancourt, y el que se inicia con el fallido golpe de estado del 4 de febrero de 1992 cuyo líder es Hugo Chávez Frías, que se concreta con el ascenso al poder de este último el 6 de diciembre de 1998.

Debe quedar claro. No afirmo que tales procesos sean idénticos. Afirmar tal cosa sería -en el menor de los males- una simplificación histórica inadmisibles. Lo que sí puede afirmarse es que, en ambos procesos, las prácticas discursivas de sus respectivos líderes han jugado papel protagónico y que, lo han jugado, en la medida en que han hecho posible la institución de un modelo particular de interpretación del ejercicio del poder. En tal modelo de interpretación, los líderes emergentes -Betancourt y Chávez- se presentan como "mesiánicos mecenas" dispensadores de la dádiva y su contradictorio contrapeso simbólico -el pueblo- como una suerte de heroica masa mendicante.

En este orden de ideas, el objeto de nuestra investigación fue hacer explícitas las afinidades que hermanan ambos discursos y, a partir de ellas, reconstruir las significaciones sociales que componen el imaginario populista que, desde 1936, viene proveyendo a los venezolanos del modelo de interpretación con base en el cual entendemos, valoramos y reglamentamos nuestras relaciones sociales con el poder.

### *Corpus y procedimientos*

¿Cómo procedimos entonces? Partiendo de Bolívar (1993, 1994, 1995, 1997, 1999), Fairclough (1989, 1992, 1995) y Fairclough y Wodak (1997), optamos por concentrarnos en el análisis de los tópicos recurrentes en el discurso de los dos líderes que nos convocan: Rómulo Betancourt y Hugo Chávez Frías. Para ello, seleccionamos en ambos casos una muestra representativa de textos con énfasis especial en los discursos, entendiéndose en este caso por "discurso" no lo que hemos venido definiendo hasta ahora sino un tipo específico de texto: aquél concebido para ser pronunciado ante una concurrencia constituida, bien por oyentes presenciales (audiencias masivas o especializadas como, por ejemplo, industriales, académicos, diplomáticos, etc), bien por audiencias mediológicas.

En el caso de Betancourt, amén de la correspondencia, los artículos de prensa y los libros publicados por el autor entre los años 1936-1948, se analizaron 75 discursos pronunciados por el fundador de Acción Democrática en el lapso que nos atañe, con énfasis especial en aquellos que fueron retransmitidos por la radio a toda la nación. En el caso de Chávez Frías, se seleccionaron 35 discursos de los pronunciados por el actual Presidente de la República en el lapso 1999-2000, la mayoría de los cuales fueron transmitidos tanto a través de la radio como de las televisoras en cadena nacional. Esta selección de discursos se complementó con las noticias sobre el primer mandatario aparecidas en *El Nacional*, *El Universal*, y *Tal Cual* entre enero de 1999 y octubre del año 2000.

Elegidos los textos, se procedió a segmentarlos en oraciones ortográficas (Bolívar, 1994: 139-40) y a agruparlos, intertextualmente, de acuerdo a los tópicos y subtópicos afines tratados en los distintos discursos por el orador. Para establecer la afinidad tópica, se partió de la presencia en el texto de vocablos específicos, de sus sinónimos y/o sus asociados semánticos (para el caso del pueblo, por ejemplo, calificaron entre otros *soberano*, *masas populares*, *mayorías populares* y, en algunas ocasiones dependiendo de las marcas semánticas atribuidas, calificaron asimismo vocablos como *venezolanos*, *ciudadanos*, *pais* o *nación*).

Así agrupados los tópicos y subtópicos, se procedió entonces al análisis estableciendo, primero, cuál era el conjunto de palabras o vocablos a los que recurrentemente apelaba el líder populista en sus discursos. Segundo, cuál era el repertorio de significaciones sociales a los que se asociaba cada uno de estos vocablos. Tercero, qué articulaciones más o menos orgánicas se establecían tanto entre las palabras así reconocidas, como entre los significados atribuidos a cada una de ellas.

Del análisis, emergió entonces lo que podríamos considerar el núcleo duro del imaginario populista que comenzó a gestarse, circular e instituirse en el país a la muerte de Juan Vicente Gómez el 17 de diciembre de 1935, si bien algunas de sus significaciones sociales más poderosas -la fascinación por el mando personalizado e incluso autocrático para citar sólo una- hincan raíces en el siglo XIX y aún antes.

## Resultados

### 1) LA APELACIÓN A LOS AFECTOS

El primer elemento significativo que ha puesto en evidencia el análisis, es que el imaginario populista no es sólo un modelo para conocer y/o comprender el mundo en lo que a la práctica política se refiere, sino que simultánea y yuxtapuestamente es un modelo de creencia y de pasión. La política comporta siempre un eje irracional, emotivo, incluso lúdico que el discurso populista exagera hasta persuadir a los oyentes de que se explican cosas, se analizan números, se exponen causas cuando, en el fondo, se está básicamente apelando a la excitación de los afectos.

Ilustremos el punto con el caso de Betancourt. Era a la compasión, casi a la lástima, a las que convocaba el discurso betancourista cuando sostenía que:

veíamos a los hijos de los campesinos tachirenses con el pie descalzo y afrontando con una ruana destrozada el inclemente frío parameño [...] hemos visto a los niños con el estómago inflado por los parásitos intestinales [...] hemos visto los pescadores del Golfo, viviendo en sus ranchos miserables, y a la gente de Nueva Esparta, sedienta, clamando por agua potable para la Isla. (B-57)

Lo que impele a la lástima no es la descripción de lo visto, sino la excesiva adjetivación que carga dramáticamente ese mirar: es el *descalzo* pie; la ruana *destrozada*; el *inclemente* frío; los estómagos *inflados*; los ranchos *miserables*; la gente que, *sedienta*, sólo puede clamar.

En este mismo orden, era al resentimiento y no al razonamiento al que conminaba Betancourt cuando argüía que:

Se ha dicho por los sociólogos del pesimismo, por los enemigos del pueblo de Venezuela, que ésta es una colectividad inepta para el ejercicio de la vida civil; que

somos un pueblo primitivo que sólo puede ser gobernado con el rebenque del autócrata. (B-35).

Y era a la indignación a la que convocaba Betancourt al preguntarse si:

¿Es que somos colectivamente una nación de dementes o de serviles crónicos, obligados a estar siempre conducidos por el cayado de unos cuantos tutores...? (B-19)

Era de esperarse que los oyentes estallaran en cólera al saber que algunos los tenían por *ineptos, primitivos, dementes, serviles*. Con tal muestra de insultos, no se estaba invitando al auditorio a refutar inexactos argumentos; se le estaba “calentando la oreja”, se le estaba conminando a ripostar con un rotundo “no” a la agravante interrogación retórica que lo describía como menos que los menos.

Estrategias similares hemos hallado en el discurso del actual Presidente de la República. Obsérvese cómo, por ejemplo, Chávez va inflamando el ánimo de sus seguidores hasta predisponerlos hacia el revanchismo y la inclemencia frente al adversario. En una primera invitación, el Presidente convoca a sus prosélitos a dar una “paliza” a sus enemigos:

[...] Así como les dimos soberanas palizas el 6 de diciembre, el 25 de abril, el 25 de julio y el 15 de diciembre, igualito les vamos a dar otra soberana paliza el próximo 28 de mayo [...] De esa paliza no los salva nadie. Se salvarán de un pasmo, pero no de la soberana paliza que les vamos a dar [...] (CH-7)

Está dicho. Los fanáticos saben que el líder no quiere conceder. Y, el líder, embriagado por su propio desafío, remacha el ultimátum para que nadie abrigue dudas:

Ustedes saben que la figura del knock out en beisbol la inventaron para evitar la humillación, es decir, un equipo que no tenga ya pitcher ni jonrón y palo y palo, y tenga diez carreras por encima... entonces, de repente el umpire dice: Knock out... Pero aquí no vale knock out. Yo lo lamento mucho pero aquí no vale knock out, vamos a ganar 45 a cero. (CH-7)

Es imposible toda vuelta atrás. La multitud saliva, enardecida, ante la oferta de la presa. Incluso para Chávez, que resiente su propia saña, es imposible todo matiz: intenta recoger velas, pero ha sembrado vientos y ha cosechado tempestades:

También, como nosotros somos caballeros, a veces uno deja que el adversario haga una carrera para que salve la honrilla, ¿vamos a dejarlos que hagan una carrera?

El pueblo grita: ¡Noooo!

Ustedes son más implacables que yo: 45 a una ¿no se conforman con eso? Vamos a ver, levanten la mano los que quieran ganar 45 a 0.

Bueno, ganaremos 45 a 0. No vale knock out.. (CH-7)



Chávez constata que no hay disposición a la clemencia y se suma de nuevo a los excesos de lo que ya no es una multitud sino una turba. Enardecido por su propia voz, el Comandante llama finalmente al exterminio:

Que se unan todos, yo los invito a que de una vez se quiten la careta y que se unan todos en una sola candidatura porque les vamos a pasar por arriba también, los vamos a artollar también. Va a quedar el polvito (Epa, epa, no me malinterpreten) Va a quedar... ni el rastro va a quedar. (CH-7)

Lo hemos dicho. Parecen argumentos mas son, en realidad, requisito-rias a los afectos. El discurso populista no puede no conmover. Mas aún. Es de hecho irrelevante a qué afecto se convoca. Lo que es imperativo es regresar, una y otra vez, al registro de la pasión. Obsérvese cómo, por ejemplo, Chávez Frías concluye el periplo de furias que hemos descrito antes con esta convocatoria a la fraternidad que, incluso, podemos admitir como genuina, tan genuina en su contradicción como la previa convocatoria al ensañamiento:

una persona que quiera ser líder y ande destilando veneno y ande destilando rencor y ande destilando odio y ande destilando envidias ;qué puede estar aspirando a dar ejemplo a un pueblo que lo que quiere es amor del bueno? Amor verdadero. Amor, amor maravilloso. Eso es lo que nosotros tenemos por dentro. Eso es lo que nos impulsa, esta pasión: El amor, el amor, el amor ;Que viva el pueblo que ama! [...]  
(CH-7)

Ello es así porque la emoción, los afectos, son el atajo más expedito para alcanzar el mundo interior de la persona que escucha. Y, en última instancia, la relación del líder populista con sus seguidores -es decir, con "su" pueblo-, debe necesariamente personalizarse y devenir individual para, según hemos señalado, abrir caminos a la construcción imaginaria de la "dádiva" y, de allí, al sometimiento por gratitud.

## 2) EL DIÁLOGO DIRECTO

La apelación a los afectos es, entonces, una de las estrategias retóricas que contribuye a la transmutación de un vínculo que es eminentemente colectivo e impersonal -el del gobierno-, en una suerte de nexo íntimo que se transa entre el líder populista y cada gobernado.

A tal metamorfosis contribuyen otras estrategias. La primera, desmitificar el propio discurso, desestructurarlo como monólogo, imprimítele el carácter de una conversación, de un diálogo entre el líder y cada uno de los oyentes que, así, se ven envueltos en una atmósfera intimista, casi cómplice. Lo hizo Berancourt en el 45:

[...] Es oportuno este momento para que... el Presidente se dirija a la Nación. Lo haré en el sencillo lenguaje de quien conversa con el pueblo, en lenguaje del pueblo.

Seré una vez más consecuente con el nuevo estilo de gobernar [...] el cual halla una de sus más acusadas expresiones en esta llana franqueza y en este acento de sinceridad con que los mandatarios se dirigen a sus conciudadanos (B-52-A).

Y lo hace Chávez en 1999:

no pretendo que [esto] sea un discurso grandilocuente, ustedes ya me conocen hermanos, mi mensaje no va dirigido a eruditos [...] éstas, mis palabras llanas y sencillas, van dirigidas a usted amigo, a usted amiga, a usted amiguita y amiguito, quiero llegarle con mi palabra al hombre del común, a la mujer del común, al joven del común, a ustedes jóvenes venezolanos. (CH-9)

La segunda estrategia asoma ya en este último texto y consiste en interpelar al auditorio directamente, desmembrándolo, refiriéndose a cada una de las personas que escuchan; conminándolas a que evoquen sus casas, sus vidas, su indivisible experiencia personal; nombrándolas incluso como entidades genéricas *-usted amiga, usted amigo-* que, por efecto del acto mismo de ser nombradas, abandonan el anonimato que les imprime el sustantivo común para devenir sujetos, individuos específicos que, así, se sienten mirados, elegidos por el líder de entre la muchedumbre. Hugo Chávez Frías es particularmente diestro en este caso:

Ahora, analicen eso, háganlo. Esta noche lleguen a su casa y pónganse a hacer un cuadro y díganle a sus hijos: mira, ven acá, vamos a ver el movimiento de estos actores políticos en los últimos ocho años. Y eso va a quedar en un gráfico y lo van a ver facilito, hasta los niños. Esta niña que está aquí lo va a entender facilito, ¿verdad mi amor? (CH-7)

Puede recurrirse también a la interpelación, desde el discurso, de personas concretas, de “carne y hueso”, conocidas por los oyentes y que, en ese instante, forman parte del mismo auditorio y se confunden con la multitud. En la medida en que el líder populista reconoce a sus amigos en la masa, se tutea con ellos, les hace bromas, en esa misma medida le transfiere a la informe multitud el atributo de ser toda ella parte de “su” tribu, de “su” tropa, de “su” juerga. El actual Presidente de la República califica otra vez como aventajado en estas lides:

[Vean] quién va en línea recta y quién anda zigzagueando, así, que no encuentra en qué palo ahorcarse. ¿Ah Darío? Hay gente que no encuentra en qué palo ahorcarse. Darío Vivas. Hola vale ¿cómo está el colesterol? 220. Hola Silvia, ¿cómo estás?. Puros revolucionarios, cará. Freddy Bernal, Silvia Flores, Darío Vivas, Rangel, todos, todos, La Gocha. Y Marisabel. Bueno, a mi me sale lo mío también. Marisabel quiere tener otro muchacho. Bueno, sí, porque Rosa Inés se la pasa en la escuela. Ya está en la escuela Rosa Inés. (CH-7)

Por último, puede recurrirse a la estrategia retórica más explícita, merced a la cual, el líder habla directamente desde la primera persona y,

desde el Yo, individualiza el mando, singulariza el compromiso, personaliza en su única acción y decisión el acto de gobernar a los otros.

No hallamos esta estrategia en el discurso betancourista del período en estudio puesto que el fundador de Acción Democrática se sabía parte de un gobierno colegiado en el que algunos de los otros convites eran militares y, como militares, exigían protagonizar. De allí que Betancourt apelara siempre a la primera persona del plural para referirse a los actos de gobierno en un esfuerzo por no contravenir a sus susceptibles colegas de Junta.

Chávez, por el contrario, apela en forma recurrente a este artificio retórico. En ocasiones, para mostrarse como servidor bien de sus ideales, bien de sus prosélitos. En uno y otro caso, el punto es que el oficio de gobierno se vuelve una cruzada personal, voluntariosa, un compromiso íntimo que ofrece incluso en prenda la propia existencia:

Para que el pueblo venezolano recupere de verdad su nivel de vida, en ese esfuerzo desde hoy yo comprometo toda mi voluntad... Mi vida, comprometida está con este esfuerzo. Mi vida, en lo adelante, dedicada estará, como Presidente de Venezuela, como uno más de la batalla, como primer soldado de esta batalla, dedicada de lleno, todos los días y todas las noches, en la tarea hermosa que ustedes me han asignado (CH-3)

En otras ocasiones, el recurso a la primera persona del singular busca comprometer los sentimientos del líder populista con las penurias de la nación. El resultado es el mismo que en el caso previo: la causa colectiva deviene causa propia, mas en esta ocasión la metamorfosis no se consagra vía el compromiso ético, sino que se consume gracias a la empatía sentimental:

[...] Indices macroeconómicos... Sí, aquí tengo algunos, no los voy a leer, los sabemos, los conocemos en libros, en estudios y ya me suenan fríos a mí, prefiero ir por las calles a ver, a sentir, a llorar como uno llora cuando consigue los niños limpiando las tumbas de los cementerios, porque de eso viven, como vi en Barinas el 2 de enero cuando fui al cementerio a ponerle una corona a mi abuela Rosa Inés y salieron unos niños a decirle a Chávez: "Chávez, no hay tumbas para limpiar, tenemos hambre". Son niños de Venezuela y son también nuestros hijos. Yo tengo cinco, allá están, pero no tengo cinco, todos los niños que me consiga a mi paso, aunque sean los hijos de mis más duros adversarios, también yo los considero mis hijos porque ellos son inocentes de las pasiones que a nosotros nos impulsan. (CH-2)

El propio líder registra en su discurso la consumación del efecto retórico: los niños se dirigen a "Chávez", lo tutean, le imploran solución para sus predicamentos. Es a Chávez, no al "primer mandatario nacional" sino a "Chávez", a quien los niños dirigen sus lamentaciones.

La individualización del mando gracias al recurso del Yo alcanza en el actual Presidente de la República niveles que, por momentos, parecieran incluso reducir el acto de gobierno a una caprichosa elección personal:

He podido dar un chavazo, tan fácil como tomarme un café, porque así buena parte del pueblo aún lo reclama, pero desde hace tiempo hemos tomado la decisión de derrotar a los adversarios, a los destructores de Venezuela, en su propio terreno, en sus propios campos de batalla. (30/11/1999)

Al propio líder lo traiciona su jerga. Abre diciendo lo que le dicta la vanidad: el "chavazo" es un asunto que sólo compete a su real gana. Cae en cuenta de la estupidez que acaba de decir y se corrige: en realidad es el pueblo el que le está pidiendo que dé el autogolpe. Vuelve a caer en cuenta de que lo dicho es una provocación y se retracta del todo: las decisiones las tomamos "nosotros", en colectivo, y hace ya tiempo que dejamos las armas a las que no pensamos regresar, por mucho que las turbas nos imploren la vuelta.

Más allá de la maña con que Chávez consigue zurcir el capote que él mismo ha rasgado, importa poner de relieve el hecho de que el recurso sistemático a esta gruesa hilada de estrategias retóricas termina por atribuir una peculiar identidad al líder populista: aquélla que lo autoriza a fungir de dispensador de la dádiva.

El líder se ha asociado a significaciones imaginarias que lo muestran omnipotente, plantado en el gobierno y dueño del poder, mas siempre unido a la muchedumbre: lo justo para que ésta pueda, a un mismo tiempo, tutearle como a un padrino y reverenciarle como a un dios. No importa que la figura sea terrena o divina. Importa que pueda apertrechar. Y ambos, padrinos y dioses, están allí precisamente para eso: para proveer.

Es gracias al discurso comunicado, una y mil veces repetido, que esta metamorfosis se produce. Y conste que no sólo al líder debe imputarse la titánica tarea de construcción de su identidad política. La identidad del líder populista es el resultado de una praxis social a la que coadyuvan tirios y troyanos al unísono. Pesa lo dicho por el líder mismo -por supuesto- cada vez que se ensalza en su propio discurso. Pero pesa también lo dicho por sus adversarios, quienes en el desafuero de batirle sólo contribuyen a focalizar el interés en su persona para, involuntariamente, reforzar la impresión de que todos los caminos conducen a su ingenio. Malévolo, es verdad, pero ingenio a fin de cuentas.

Y pesan los medios masivos que, para refutar o para adherir, fungen de ventrílocuos del líder populista. Sí. He dicho "para refutar o para adherir". No nos engañemos. Los medios nunca "informan" en asepsia, y no intento con este juicio acusarlos de un pecado capital. Nadie informa en asepsia. No existe tal cosa como la "pura información". Por lo menos no una cosa que sirva para comunicar asuntos entre humanos. La producción social de significaciones, siendo un fenómeno colectivo, no puede consumarse sin sujetos y, los sujetos, no pueden no ser "subjetivos".

De allí que los medios se hallen atrapados en lo que llamaré el “síndrome de las comillas”, síndrome que compulsivamente los fuerza a clonar, una y otra vez, lo dicho por el líder. En efecto, reacios a desprenderse de la paz de conciencia que les provoca el mito de la “información objetiva”, los jefes de redacción, los reporteros, los redactores, incluso los columnistas cuyo oficio es opinar, se curan en salud y, antes de tronar las hostiles cacerolas o encender los fraternos cohetones, citan textualmente en todos los cuerpos, todas las páginas, antes y después de todos los negros y de todas las idas y vueltas a *master*, citan textualmente lo dicho por el líder en su apretada agenda-arena.

Así, vía la reiteración y merced al discurso comunicado —téngase presente a Betancourt: *en la lucha política la consigna es repetir*— queda instituida la identidad y autoridad del líder. Según hemos venido diciendo, este último emerge como una de las significaciones más poderosas que constituyen el núcleo duro del imaginario que da vida al populismo. La otra, su contrapeso simbólico, omnipresente, es “el pueblo”.

### 3) LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DEL PUEBLO

Habría que advertir en primer término que el imaginario populista no se construye como una arquitectura de significaciones más o menos unívocas, más o menos coherentes, articuladas por nexos semánticos más o menos previsibles, sino como una nebulosa ambigua y polinucleada de significaciones, en la que sus varios núcleos —la nación, el partido, la democracia, el voto— se hallan jerárquicamente referidos a un único sol semántico, polisémico, que es el pueblo. Es al pueblo a quien el populismo ensalza, aterroriza, conmina, convoca, confunde.

Sólo el líder le disputa el protagonismo al pueblo en el imaginario populista. De hecho, son las prácticas discursivas del primero, masivamente comunicadas, las que construyen una identidad política para el segundo.

Entiéndasenos. El pueblo vive y actúa independientemente de que el líder o los medios lo nombren. Pero es el discurso del líder y de los otros actores políticos masivamente comunicado, el que elabora y eventualmente instituye un modelo de interpretación para ese hacer; una manera de valorar ese hacer; una identidad política que se atribuye al sujeto histórico de ese hacer quien, así, queda imaginariamente instituido como “el pueblo”.

Uno de los aspectos relevantes puestos en evidencia por este estudio, es que la identidad así construida de “el soberano” resulta ser una madeja de significados no siempre bien hilada que, por lo mismo, deviene en esencia contradictoria. Efectivamente, el discurso populista atribuye al pueblo un conjunto tal de significaciones dispares que, a la postre, éste

termina ora amenazado, ora victimizado; y se comporta, ora como cíclope, ora como eunuco; y pasa a la historia ora como libertador, ora como liberado. Lo único que el pueblo será siempre e inequívocamente, merced a la identidad que el discurso populista le atribuye, es el feliz destinatario de la dádiva. Antes de entrar a ver los ejemplos en cada caso, resultan indispensables algunas precisiones.

Recuérdese que, en último término, uno de los fenómenos singulares que da piso social al modelo populista es el sometimiento por la gratitud que los gobernados profesan hacia el líder. Recuérdese asimismo que esta gratitud halla su asiento no sólo en la provisión de bienes y servicios materiales sino en el conjunto de significaciones que acompañan esta provisión y que instituyen imaginariamente la figura de "la dádiva".

Así, la dádiva es mucho más que "las cosas" que el líder parece conceder a cada gobernado en particular, vía los diversos programas sociales que financian los recursos de la nación y que se concretan en el otorgamiento a particulares de algunos bienes (vivienda, alimentos, medicinas), o algunos servicios (atención hospitalaria, telefonía, luz eléctrica). Más allá de "la cosa" cedida, está "la deferencia" prestada; está el "ser tomado en cuenta"; está el ser mirado, amado, protegido, vengado, devuelto a una vida que se ofrece como mejor.

Extraña e incomprensible paradoja, a los ojos de los gobernados, en lugar de deshonrarles, la dádiva les dignifica porque los "saca del montón", porque los convierte en "mimados del poder", porque los transmuta de "anónimos ignorados" en celebridades. Por consiguiente, es en la deferencia donde se ancla, inamovible, la gratitud.

Y no es ésta una conclusión ingenua. Conocemos el mensurable peso de lo material. Pero llamamos la atención sobre el inmensurable peso de lo inmaterial. Y ello, porque nos hemos convencido de que sólo desde esta lectura puede comprenderse la acorazada adhesión que los gobernados brindan a su líder en los regímenes populistas, y que la hace resistente incluso a la traición del propio ídolo.

De allí que nuestro análisis apunte a detectar las finas estrategias retóricas que permiten al líder hipotecar el agradecimiento de la muchedumbre. La pregunta que orientó nuestra pesquisa fue, en este orden, ¿qué es lo que el pueblo agradece a su héroe? A continuación, presentamos nuestros resultados.

### 3.1) EL PUEBLO AGRADECIDO

En primer término, el pueblo agradece ser protegido por el líder. Para que tal cosa ocurra, es indispensable que "el soberano" se crea en peligro, bajo amenaza, en riesgo de que algo o alguien le infrinja algún terrible mal. En este orden, la estrategia retórica que permite al discurso populista

persuadir al pueblo de que se encuentra amenazado, es la construcción discursiva de lo que he definido como "las fuerzas".

Las fuerzas son uno de los más eficientes artificios retóricos de los que dispone el líder para amedrentar a "el soberano". Las fuerzas son entidades ocultas, sin rostro, sin nombre, pero con un alto potencial de destrucción que, agazapadas, mantienen bajo zozobra al pueblo y sus dirigentes.

En palabras de Betancourt, las fuerzas son los "simuladores de preocupación por Venezuela". (B-20); los "enemigos arteros de la Revolución que han pretendido utilizar la artimaña de dividirnos y de crear una pugna entre los civiles y los militares". (B-21); los "activos organizadores de la guerra civil, fichas movidas en el interior por un rencoroso personaje que rumia sus imposibles ansias de retorno al poder" (B-52-A).

Las fuerzas son asimismo las que impelen a Chávez a "alertar al país, porque hay gente jugando aquí al caos" (CH-36). Son "esos oligarcas mil millonarios que no quieren para nada nuestra revolución pacífica y democrática" (CH-38). Son esos que "andan buscando cualquier cosita que ocurra para utilizar a los medios de comunicación [...] para atropellar, para mentir descaradamente, para manchar reputaciones, para manchar un país, para inventar cosas y ponerlas a rodar por radio y por televisión de manera irresponsable" (CH-39).

Así, las fuerzas brindan al imaginario populista magros servicios. Visto que se comportan como una suerte de caparazón vacío que no refiere a ninguna persona o grupo en concreto, las fuerzas autorizan a que cada quien las rellene con su "canalla" particular, de modo que unos y otros se hermanan en el rencor que creen idéntico y que por lo tanto comparten.

Así, amedrentar al pueblo con las fuerzas es el primer paso para confiscarle su gratitud, toda vez que estas últimas permiten al líder populista proponerse como imbatible redentor del soberano, como paladín de los desvalidos, como infalible conjuro ante todas las conjuras.

Gracias a las fuerzas, Rómulo Betancourt pudo asegurar en 1946 que:

Fallan los empresarios de la catástrofe y los augures de cataclismos en sus profecías o en sus gestiones antipatrióticas. Y, los despechados por la derrota definitiva que sufrieron en la hora de la peripecia armada, ven cómo en el terreno político y administrativo se consolida lo que la sangre generosa de los militares y civiles caídos [...] conquistó para todos los venezolanos. (B-25).

Y, también gracias a las fuerzas, pudo Hugo Chávez Frías inmolarse y decir que:

a mí podrán hacerme lo que quieran hacerme. A mí podrán traicionarme los que quieran traicionarme, a mí podrán apuñalarme por la espalda los que quieran apuñalarme por la espalda, a mí podrán picarme en pedazos los que quieran

picarme en pedazos, pero al pueblo venezolano nadie lo va a apuñalear por la espalda. Al pueblo de Bolívar nadie lo va a picar en pedazos. Incluso, antes, antes, mil veces, un millón de veces, cien millones de veces, cien millones de veces, hermanos, yo prefiero que me apuñalen esta espalda cien millones de veces antes que vayan a apuñalearle la espalda al pueblo venezolano [...] Y si mi vida tengo que ponerla una y quinientas mil veces para asegurar el camino de la revolución y para evitar que manipulen al pueblo venezolano, aquí está mi vida a la orden de quien la quiera (CH-7)

Es casi obligatorio que el soberano guarde conmovida gratitud por quienes con tanta hidalguía le amparan del peligro y le brindan eterna protección. Comienza de esta forma a contraerse una deuda que, a la postre, devendrá insalvable para la multitud.

La segunda estrategia retórica que permite al líder enajenar el agradecimiento de sus seguidores es aquella que los postula como “víctimas” penitentes. En efecto, en el imaginario que alimenta al discurso populista el pueblo sobrevive no sólo amenazado por las fuerzas sino también “victimizado”, amén de por estas últimas y sus secuaces, por la inhumanidad pasmosa de “el gobierno anterior”.

Esta es, sin duda, una de las significaciones más potentes del imaginario que da vida al populismo. “El gobierno anterior” hace de comodín en el mazo de las calamidades que asolan al desventurado pueblo: todas, absolutamente todas las desgracias se deben a sus desmanes. Para el discurso populista, resulta en el fondo irrelevante quién es en términos fácticos “el gobierno anterior”; el caso es que debe responsabilizarse por la caterva de plagas que azotan al malquerido pueblo.

Responsabilizarse, porque “esas gentes fueron no sólo políticos despreocupados, sino administradores manirrotos e irresponsables” (B-23). Porque “mientras a su partido y a sus hombres entregaban todos los recursos y todos los resortes del poder, al pueblo lo mantenían desdeñosamente al margen” (B-13). Porque “una gran cantidad de haciendas pasaron a manos de los aprovechadores sin escrúpulos, y el pueblo se quedó sin tierras” (B-36). Por todas éstas y muchas otras desventuras debe responsabilizarse al “régimen imbuido de orgullo demoníaco y resuelto a mantener a todo trance una situación que le permitía a sus más destacados personeros enriquecerse ilícitamente y traficar con el patrimonio colectivo” (B-20).

Es Betancourt quien de este modo estigmatiza al “gobierno anterior”, pero ha podido ser Hugo Chávez Frías. Chávez al afirmar que “los gobiernos que pasaron por aquí [...] se acostumbraron durante muchos años a enriquecerse del Tesoro Nacional, a hacer grandes negocios con el tesoro del pueblo, y al pueblo le daban las migajas, la miseria” (CHA-19). O Chávez al sostener que “ellos robaron, hicieron negocios... era una macolla negra, nefasta, que destruyó al país”. (CH-40).



Entiéndase el punto que se intenta ilustrar. El discurso populista se diferencia de otros legítimos discursos de denuncia, porque no carga el peso semántico -no topicaliza, podría decirse- en las acciones denunciadas o en los victimarios, sino que se concentra en las víctimas de esas acciones y esos verdugos. Ya lo hemos dicho. Son las víctimas las que interesan porque son ellas las potenciales oferentes de la gratitud.

Así, como en el caso de las fuerzas, "el gobierno anterior" no sólo sirve al líder populista para orientar los odios de las victimadas muchedumbres sino que, complementariamente, le permite repetir como salvador que llega a vengar las afrentas y reparar las taras, a "arrancarle a los hombres y mujeres venezolanas esa venda de ignorancia que en los ojos le pusieron los gobiernos interesados en que el pueblo no supiera" (B-36).

Ante tal ofrecimiento, es imposible para "el soberano" no agradecer. Está en deuda con quien se ha apiadado de sus llagas. Está en deuda con quien ha resarcido sus honores. Le debe -y mucho- al líder que se ha atrevido a castigar a quienes le vienen castigando desde todas las épocas.

### 3.2) El *PUEBLO* CICLÓPEO

Junto a las marcas semánticas que distinguen a los "enemigos" y al tasado del importe que, en gratitud, el soberano deberá pagar como abono por su protección, el discurso populista instituye también los roles que corresponderá cumplir al pueblo ante el telón de fondo de la historia.

Así, sin olvidar que el uso de su garganta debe ganarle el agradecimiento de las muchedumbres, el líder confiere al pueblo una ambivalente identidad política que lo coloca en el comprometido rol de oscilar entre el estrellato de la historia -heroico y desprendido- y el pragmatismo de la dádiva que, despojada de sus valores simbólicos, muestra a un soberano egoísta y genuflexo ante la mano que lo ceba.

En el primer caso, el anzuelo hinca en la golpeada autoestima popular que, por efecto del discurso, se ve elevada desde las catacumbas hasta el protagonismo histórico. Merced a la jerga populista, "el soberano" se corona como partero de todos los destinos, como invencible sujeto que sujeta los tiempos a su espuela, dominándolos para escribir la historia a sus antojos.

Importa poco si, en realidad, el pueblo estuvo y lo que hizo estando. El discurso populista no es justo sino zalamero cuando exalta las hazañas de la multitud. Y, como todo mortal, el soberano agradece el halago y concede sus gracias en prenda por él.

Así, la primera loa que el discurso populista suele conferir a los ansiosos oídos de la muchedumbre es la que lo encumbra decretándolo indispensable cuando se trata de acometer heroicas hazañas. Por esta vía, el pueblo se escucha nombrado como la cabeza y no como la escoria, el bulto, el lastre de la rebelión. Dirá Betancourt:

es una verdad indiscutible que ningún movimiento histórico ha podido realizarse a espaldas del pueblo [...] porque sólo el aliento vigoroso de las multitudes, la dinámica poderosa de las masas, puede imprimirle rumbos y darle contenidos a cualquier movimiento de transformación (B-2).

La segunda, suele celebrar el protagonismo del pueblo en las campañas que han liberado a la República de sus opresores y que siempre son dos: la de la independencia que lideró Simón Bolívar en el siglo XIX, y la que ha conducido al líder populista hasta el poder. En Betancourt, será Bolívar y la “gloriosa revolución de octubre”:

La respuesta del pueblo soberano, la réplica airada de Venezuela a quienes persistían en considerarla feudo suyo, fue la eliminación definitiva de ese régimen de la vida política de la Nación [...] En consecuencia, la Junta Revolucionaria de Gobierno, está dispuesta a proceder con serena, pero inquebrantable y resuelta energía, contra quienes pretendan propiciar el retomo a las condiciones político-administrativas frente a las cuales insurgió la protesta armada de Pueblo y Ejército, fraternizando en las calles blusa y uniforme como en los días estelares de la nacionalidad, cuando las masas artesanales y agraristas, improvisadas para el heroísmo, confundían sus chamarras desflecadas con los rojos dolmanes de los tercios regulares de la milicia libertadora. (D-20).

En Hugo Chávez, será Bolívar y la gloriosa “revolución bolivariana”:

Sabido es por todos, en esta tierra bolivariana, que en Venezuela desde hace tiempo ya entró en marcha, se puso en marcha un proceso revolucionario que lleva en sus entrañas el mismo signo aquel con el cual comenzó la gesta de Independencia por allá en 1810, en esta misma Caracas, en este valle de los indios Caracas. Por eso, compatriotas, he querido, a pesar de lo ajetreado de la agenda del día [...] venir aquí en este día memorable de la Patria, para rendirle tributos desde esta tribuna, al verdadero dueño de este proceso, al verdadero grandísimo héroe de este tiempo, que no es otro que el pueblo noble y heroico de Venezuela. (CH-3)

Aclaremos el punto. El artificio retórico que intentamos poner de relieve es el de la especulación. El discurso populista no otorga legítimo reconocimiento al papel jugado por el soberano en las luchas sociales, sino que especula con la sobrevaloración que hace de él. Es a la vanidad y no a la autoestima del pueblo a quien emplaza el líder con sus lisonjas. Los individuos con alta autoestima son menos proclives -nadie es inmune- a ser manipulados discursivamente que aquellos que, creyéndose inferiores, se sienten redimidos por un halago que no piensan merecer. El populismo trafica con los complejos del soberano, le hace adicto a sus pipopos, pechero de su adulación.

Cabría a estas alturas preguntarse qué nos autoriza a concluir en que el discurso populista no busca en este caso moldear un pueblo digno sino uno jactancioso. En primer término, la redundancia. Son excesivas -aún cuando en la lucha política la consigna sea repetir- son excesivas las

menciones de este tópico halladas en los textos de los dos líderes que estudiamos. En este orden, el análisis crítico del discurso ha llamado la atención sobre el hecho de que el uso recurrente de un mismo vocablo o tópico puede, bien cargarlo, bien vaciarlo de sentido de modo que devenga asignificante. Y éste es, a nuestro juicio, el caso que nos ocupa. En especial, porque esta redundancia se complementa con el uso sistemático de la hipérbola, del halago grandilocuente. No se es "bueno" sino "muy bueno", "noble" sino "noblísimo", "valeroso" sino "heroico".

Así, el pueblo es ensalzado por el líder populista que, sin mesura, le atribuye cualidades y destinos titánicos. Veamos el ejemplo en el caso de Chávez:

el pueblo inmenso y eterno de Bolívar ha resucitado de entre los muertos y aquí está, levantándose de nuevo ante el mundo para demostrar de lo que será capaz. El mundo entero se pondrá de pie para reconocer, para ver, para admirar de lo que es capaz el pueblo venezolano. Nosotros lo demostraremos. Estoy seguro que lo demostraremos, por nuestra dignidad, por nuestra historia, por nuestros hijos, por nuestra moral, por nuestra esperanza. (CH-3)

Es Fénix, renacido, alzando en pie a las naciones que deben no sólo verle sino reconocerle, admirarle, casi reverenciarle. Veamos el ejemplo en el caso de Betancourt:

Aquí está congregada una densa representación del pueblo venezolano: sólo espera la voz de un comando valeroso para entregarse a una gran faena creadora. Es un pueblo que ya quiere hacer historia, que se resiste a continuar embebido en la estática adoración del pasado [...] no es la absorta contemplación del ayer lo que está requiriendo un pueblo que está hoy tan capacitado como lo estuvo en esa hora estelar de nuestra historia, la de 1810, para él ser el pionero, el puntero, el baqueano de todo un continente, en el momento de la marcha resuelta hacia el futuro. (B-8)

El soberano está presto no sólo a liberarse a sí mismo sino a remolcar en la cruzada a la América toda. Más que exaltar, Betancourt se esmera en exacerbar el ego del pueblo quien, merced al discurso populista, se empalaga con las mieles de su propia grandeza.

Mas, el principal indicio que nos permite concluir que esta glorificación del pueblo no es justa sino adulante, asoma ya en el último texto citado de Betancourt. Si se lee con cuidado se repara en que el pueblo, en realidad, *espera la voz de un comando valeroso* para poder comenzar a *hacer historia*. Dicho de otro modo, el *pionero*, el *puntero*, el *baqueano*, no es el pueblo sino "la voz" que lo comanda.

Así comienza a emerger la contradicción en la identidad que el discurso populista atribuye al soberano, visto que no hay modo de ser a un mismo tiempo cabeza y cola de un proceso histórico. No hay modo de serlo, pero esto es justo lo que se desprende del discurso del líder quien, alternativamente, se declara siervo y vanguardia de la multitud. De esta

forma, el líder atribuye al pueblo el doble rol de amo de su espada y de hueste de su mando, siendo este último el papel que deviene hegemónico. Betancourt formuló el argumento de manera explícita:

somos desde ahora y para siempre un movimiento enraizado en el pueblo, consustanciado con el pueblo. Somos la vanguardia del pueblo venezolano, técnica y políticamente organizado dentro de un gran movimiento liberador (B-2)

En el caso de Hugo Chávez la elaboración es menos obvia, visto que el primer mandatario oscila aún entre el discurso de la participación y el de la representación popular. Sin embargo, el ejemplo que sigue no deja dudas sobre el modo en que el Comandante se autodesigna, a un mismo tiempo, conductor y siervo del soberano:

Ese pueblo necesita cauce. No podemos defraudarlo de nuevo, no podemos desligurar el proceso. Asumamos con coraje y con valentía la tarea de darle cauce a la revolución venezolana de este tiempo o la revolución nos pasa por encima [...] (CH—2)

Yo a ustedes les pertenezco, pueblo hermoso de Venezuela, porque amor con amor se paga, y yo no tengo más nada que darles que amor, entrega, trabajo, mi vida entera se las regalo. Ustedes la merecen hermanos (CH-3)

Con todo, incluso en el rol de masa el pueblo es un agente activo; necesitado de mando, sí, pero activo a fin de cuentas, con algo que decir en lo que al diseño de su vida futura se refiere. La verdadera dislocación que vive la identidad política del soberano merced a las estrategias retóricas desplegadas por el discurso populista es aquella que lo transmuta de agente en paciente, de luchador en receptor, en sumiso beneficiario de la dádiva.

### 3.3) EL PUEBLO GENUFLEXO

La metamorfosis ocurre cuando el líder ha tomado el poder y tiene acceso a los recursos del Estado. Según ya dijimos, puede entonces iniciar programas de ayuda social donde la redistribución se individualiza (el vaso de leche, la solución habitacional, el uniforme escolar, etc) y donde el propio líder entrega personalmente no sólo "la cosa", sino el complejo universo de gratificaciones a las que hemos venido haciendo referencia y que concurren para constituir, junto a la materialidad del objeto concedido, la polimorfa figura de la dádiva.

La identidad política del pueblo se conforma, así, a la del papel de benefactor que el líder se autoatribuye en su discurso. De las múltiples funciones que un dirigente desempeña en la gestión de gobierno, la única que será recurrentemente destacada por la retórica populista será la de proveedor. El líder proveerá primero y antes que ninguna otra cosa recursos inmateriales que el pueblo habría extraviado merced a los

desafueros de sus antiguos verdugos. En el caso de Betancourt, por ejemplo, el entonces presidente afirmarfa que:

Uno de los compromisos que adquirimos, inmediatamente después de llegar al Gobierno, fue el de devolverle al pueblo su soberanía usurpada. Pero hay otra, estimados amigos, que creemos de mayor valor: hemos devuelto al pueblo de Venezuela su fe, su confianza en si mismo, su orgullo autóctono, su fervor nacionalista y americano. (B-66)

Ya se ha dicho. De acuerdo con el discurso populista, el pueblo tiene contraída con el líder una deuda insalvable que compromete su voto y su incondicionalidad frente a quien le restituye su derecho a ser, a creer y a decidir.

Amén de por estos bienes intangibles, el líder se configura asimismo como máximo proveedor merced a la oferta y eventual aprovisionamiento de los necesitados y codiciados bienes materiales.

Así, "educar, sanear, alimentar y domiciliar mejor y más racionalmente al pueblo" (B-23) será estribillo en la retórica populista, visto que "la obra de reconstruir la nacionalidad, de alimentar y domiciliar mejor al pueblo, de rescatar del atraso y la miseria a la mayoría de los venezolanos" (B-25) será siempre la primera obligación de "los hombres que han recibido de sus pueblos el honor insigne y la dura tarea de dirigirlos" (B-51)

Por lo dicho, el discurso populista insistirá entonces en enumerar los planes, programas y proyectos en los cuales el pueblo juega el rol de alimentado, domiciliado, saneado, vestido. El líder le conminará cada vez menos a hacer cosas y cada vez más a recibirlas hasta que, finalmente, lo convoque sólo a esperar por ellas. La promesa se erigirá, así, en el hábil artificio que mantenga al soberano asido al líder, más allá de que este último honre o incumpla sus ofrecimientos.

De este modo, la retórica populista cierra el ciclo que le permite anular discursivamente al pueblo: comienza ensalzándole visto que suele ser la fuerza que lleva al líder al poder o, en su defecto, que en él lo legitima. Más, una vez allí, las significaciones que marcan semánticamente al soberano mutan y transmutan de tal modo, que luego de haber sido la horma del paso vencedor de los vencedores, la riada que movía los molinos, la savia del proceso libertador, el pueblo deviene, por efecto del discurso populista, en disminuido esclavo de la dádiva.

La dádiva se instituye entonces como la única significación imaginaria asociada al pueblo. Por ella, el soberano encadena su porvenir al del líder que le concede la migaja. Por ella, la muchedumbre se conforma con el efecto narcotizante de la promesa preterida. Por ella, la multitud deviene en quejumbroso séquito que forma filas a las puertas del recinto donde el líder despacha.

Y será éste el futuro del soberano, más allá de que el líder populista le tenga previstos destinos más nobles y dignificantes. Según reza un inclemente dicho popular, de “buenas intenciones” está empedrado el camino que conduce al infierno y, la investigación que respalda este estudio, sugiere que bajo el populismo no es posible otro destino para ese soberano que no sea el que aquí se ha resumido y que no lo hace grande sino eunuco, castrado —entre otras cosas— por las atrofiadas lenguas de sus líderes que se empeñan en reducirlo al degradado rol de mendicante.

En este sentido, la historia tiene aún alguna cosa que enseñar a la política. Y no sólo la historia que enaltece. También es propia la mal andada, ésa que condujo a Venezuela hasta aquí, desde el populismo de Rómulo Betancourt hasta el neopopulismo de Hugo Chávez Frías, aunque los líderes —o sus herederos políticos— denigren de las similitudes que los hermanan.

Más allá del desagrado que pueda ocasionar a los respectivos adeptos, es imperativo comprender que Betancourt y Chávez son padre y criatura de un mismo imaginario y de una misma práctica política. Ellos como caudillos y el pueblo como masa son el producto de décadas de desafueros populistas autoproclamados como revolución. Y, en el proceso, el discurso ha tenido —como ha podido establecerse— todo que hacer.

#### NOTAS

1. La letra y el número corresponden a la identificación asignada a cada discurso en el registro global de la investigación doctoral de la autora de la que este artículo forma parte. Los discursos del corpus fueron:
  - B-2:** Discurso pronunciado por R. Betancourt el 8/3/1936 en el Teatro Metropolitano.
  - B-13:** Discurso pronunciado por R. Betancourt en el Circo Metropolitano el 21/9/1944.
  - B-19:** Discurso pronunciado por R. Betancourt en el Nuevo Circo de Caracas el 17/10/1945.
  - B-20:** Discurso del Sr. R. Betancourt radiado a toda la nación el 30/10/1945.
  - B-21:** Discurso pronunciado por el Sr. R. Betancourt en la I Convención de Mandatarios Regionales, Miraflores 18 y 22 de noviembre de 1945.
  - B-22:** Palabras de R. Betancourt en el agasajo ofrecido al canciller de Guatemala, el 6/12/1945.
  - B-23:** Discurso radiado de R. Betancourt al pueblo del Táchira el 14/12/1945.
  - B-24:** Conferencia dictada por R. Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional el 29/12/45.

- B-25: Alocución del 1º de enero de 1946 dirigida por R. Betancourt a la nación.
- B-35: Discurso pronunciado por R. Betancourt en la plaza Bolívar de Valencia el 30/3/1946.
- B-36: Discurso pronunciado por R. Betancourt, ante millares de campesinos congregados en el distrito Carlos Arvelo el día 30/3/1946.
- B-47: Discurso pronunciado por R. Betancourt en la Plaza Urdaneta de Caracas, el 18/10/1946.
- B-52-A: Alocución dirigida por R. Betancourt a la Nación en el día del Obrero el 1/5/1947.
- B-57: discurso pronunciado por R. Betancourt en San Cristóbal, el 15/8/1947.
- B-71: Discurso pronunciado por R. Betancourt en El Silencio el 18/10/1948.
- CH-2: Discurso de toma de posesión de H. Chávez en el Congreso de la República el 2/2/1999.
- CH-3: Discurso de H. Chávez en el Paseo de Los Próceres, en el acto de masas por la celebración de la toma de posesión el 2/2/1999.
- CH-7: Discurso de H. Chávez en la Plaza Caracas el día en que inscribió su candidatura ante el CNE el 16/3/2000. [www.globovisión.com](http://www.globovisión.com)
- CH-9: Alocución de H. Chávez con motivo de los 100 primeros días de gobierno del 13/5/1999.
- CH-36: Alocución de H. Chávez del 7/7/2000.
- CH-37: "Chávez: Sin los cambios, nadie salvaría a Venezuela de una guerra interna" en [www.el-nacional.terra.com.ve](http://www.el-nacional.terra.com.ve), 30/11/1999
- CH-39: "Chávez insiste en que García Morales es utilizado por la oposición", [www.el-nacional.terra.com.ve](http://www.el-nacional.terra.com.ve), 9/7/2000.
- CH-40 "Chávez lanza plomo fuerte a ex militares", [www.eluniversal.com](http://www.eluniversal.com), 06/3/2000.
2. En los *Cuadernos de la Cárcel* son múltiples las alusiones de Gramsci a la crisis de hegemonía, tal como ésta, tomada del *Cuaderno No. 7*, párrafo 38: " [...] Separación de la sociedad civil y la política: se ha planteado un nuevo problema de hegemonía, o sea que la base histórica del Estado se ha trasladado. Se tiene una forma extrema de sociedad política: o para luchar contra lo nuevo y conservar lo vacilante fortaleciéndolo coercitivamente, o como expresión de lo nuevo para destruir las resistencias que encuentra en su desarrollo".
  3. Para un estudio más detallado de la retórica chavista en lo que a la interpelación de los afectos se refiere, véase mi artículo "Los demonios del Comandante", *AKADEMOS*, vol. 2, No 2, junio-diciembre de 2000. De este artículo tomamos el siguiente pasaje que ilustra el caso del Comandante Chávez en lo que a este tópico atañe.
  4. De nuevo, para un análisis más amplio sobre "las fuerzas" véase mi artículo citado.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOLÍVAR, A. (1993). El encuentro de dos mundos a través del discurso. En Acosta, Héctor (comp.), *Una mirada humanística* (pp. 81-113). Caracas: Fondo Editorial de Humanidades, Universidad Central de Venezuela.
- BOLÍVAR, A. (1994). *Discurso e interacción en el texto escrito*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela.
- BOLÍVAR, A. (1995). Una metodología para el análisis interaccional del texto escrito. *Boletín de Lingüística* N° 9, 1-18.
- BOLÍVAR, A. (1997). El análisis crítico del discurso: Teoría y compromisos. *Episteme NS*, 1-3, 23-45.

- BÓLIVAR, A. (1999). Las metafunciones de la cláusula en español. *Lingua Americana* 4, 48-66.
- BRITTO GARCÍA, L. (1988). *La máscara del poder*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- BRITTO GARCÍA, L. (1989). *El poder sin la máscara*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- CASTORIADIS, C. (1988). *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- CASTORIADIS, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Madrid: Tusquets.
- CASTORIADIS, C. (1998). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- GRAMSCI, A. (1975). *Cuadernos de la Cárcel* (3 volúmenes). México: Ediciones Era.
- FAIRCLOUGH, N. (1989). *Language and power*. London: Longman Group.
- FAIRCLOUGH, N. (1992a). *Discourse and social change*. Cambridge: Polity Press.
- FAIRCLOUGH, N. (1995). *Critical discourse analysis*. London: Longman Group.
- FAIRCLOUGH, N. y R. Wodak, (1997). Critical discourse analysis. En Teun Van Dijk, (Ed.), *Discourse Studies 2. A Multidisciplinary Introduction. Discourse as social interaction* (pp. 258-284). London, Sage Publications.
- MADRIZ, M. F. (2000). Los demonios del Comandante. *Akaderos* 2 (2), 65-86.
- REY, J. C. 1976). Ideología y cultura política: el caso del populismo latinoamericano. *Politeia* 5, 123-150.
- REY, J.C. (1980). *Problemas sociopolíticos de América Latina*. Caracas: Ateneo de Caracas.

MARÍA FERNANDA MADRIZ es investigadora del Instituto de Investigaciones de la Comunicación, ININCO, de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela y profesora agregada de la Escuela de Artes de la misma Universidad. Se ha especializado en el análisis crítico del discurso político y del discurso mediático, así como en el estudio de los usos alternativos y las nuevas tecnologías de la comunicación. Es resista del doctorado en Historia de la Universidad Central de Venezuela y publica regularmente artículos en revistas especializadas en las áreas de la comunicación, la cultura y el análisis del discurso. Correo electrónico [madrizm@camelot.rect.ucv.ve](mailto:madrizm@camelot.rect.ucv.ve)